

Liliana Speroni

Amor vincit omnia

Dido furens

Uritur infelix Dido totaque uagatur
urbe furens
—VIRGILIO, *Eneida*, IV

De nosotros dos, yo he puesto más, y por eso, más me llevo.

Nunca lo hubiera medurado si no mediara tu despedida, y con ella la desprotección y la vergüenza, de haberme expuesto ante los otros, tuya.

Yo no tengo regreso, tú no tienes éxodo posible.

Hemos sido dos dando continente a la verdad pronominal que nos sustantivara: yo, tu nosotros; vos, el mío.

Aunque no fuera suficiente mi verborrea enamorada para acordonar tu destino dardanio, pronunciarán tu nombre dantescos y borgianos argumentadores, deslizándose en solución continua el mío.

Aunque emigres, no podrás dejarme: soy tu antecedente necesario, motivo de los días que la estirpe debió esperar para ser fundada.

Orquestamos juntos las notas de nuestro deleite, pero pretendiste silenciar la partida.

Qué ingenuidad la tuya suponer que no emergerían plantas que la fama cobijara hasta helarme los oídos.



Si yo he perdido el rumbo por haberte encontrado y vos estabas conmigo, ¿en qué descuido volviste a revelarte extranjero? No puedes desairte. Yo te dejo.

Entre los dos pondré la irremediable distancia del espacio, el trayecto todo. Tanto, como lo que entrambos hubo.

Fuiste mi mejor maestro, no te decepcionaré.

El furor nos alcanza en mi persona, pero por sobre todo cubrirá la tuya de memorias agrias.

Porque con mi vida me llevo también tu posible deseo de nostalgarme.

No podrás pensar sin que te descarne el dolor de lo irrecuperable.

Me voy, pero te dejo la ausencia de la posteridad, pues tu nombre siempre se ligará al mío.

Jamás podrás abandonarme, yo lo he hecho antes.

Y tan grabado tu futuro está en las puertas de mi ciudad, como tu descenso al Hades, donde no te responderé aunque me ruegues, pues aquí queda lo que pudo pertenecerte, allí seré la reina Dido. Correspondida y de otro.

Odi et amo

Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris.
Nescio, sed fieri sentio et excrucior.
—CATULLO, *Carmina*, LXXXV

El territorio de los amantes aparece desdibujado en sus límites, bien podría ser el de los cuerpos o el del encuentro, pues todo se confunde con la presencia de esos dos que se realimentan.

La feliz desgracia de poseerse los sorprende siempre con la insatisfacción que les provoca la posesión misma —y nunca suficiente— del otro, porque el combustible es esa avidez. No sabrán si son felices o lo fueron, porque no es la preocupación de quienes, inmersos en el misterio, son misterio para que jamás sea develado. Aparecen

ante sí como guardianes de un frágil y peligroso tesoro que hoy los cobija, pero que también podrá desazonarlos en cualquier soplo de cualquier jornada.

Verdaderos atletas del encanto, se alimentan de la maravilla que provocan en el otro. Fieras desdentadas que nunca se sacian, mueren en el elogio para volver a nacer en el delirio. Enhiestos sufrientes, padecedores entrenados en mieles, se agotan en la creación de un supuesto que los abarque de tal manera que no pueda identificarse la oposición sexual que los convoca.

No quieren comprensión, porque se niegan a la existencia real. Ellos son ángeles, energúmenos

delicados que desandan al otro como a sí mismos, hiriendo y lamiendo, susurrando y relamiéndose, sin acertar si aman o se aman en el espejo indisciplinado de la otra carne, del otro «tú» que son ellos. Desconocen el género que los cobija, héroes o pérfidos, paladean el desamparo que sólo ellos pueden provocar cuando atraviesan al otro con la daga del abandono, para cobijarlo inmediatamente con pócimas sanadoras.

Libadores avezados, ocupan en la relación ambos lugares intermitentemente: ya abrevadero, ya sed, y pareciera que, en ese trajinar polarizado, constara el numen de sus fabulosas existencias.

Nadie como ellos amará ni, como ellos, nadie conocerá el desamor.

